

## 'Imperio': no llores por mí, Argentina

**Ariel Pennisi**

Docente y investigador en la Universidad Nacional de Avellaneda y la Universidad Nacional de José C. Paz, Argentina

*Imperio*, de Toni Negri y Michael Hardt, fue ambigüamente recibido en América Latina; por un lado, provocó estridencia, como si se tratara de una anunciación ligeramente despojada de sorpresa (algunos hablan de una sensibilidad “posmoderna”), por otro, metió el dedo en la llaga de las izquierdas en duelo. ¿Tienen tanta necesidad de sostener la continuidad del “antiimperialismo” las izquierdas dogmáticas y los nacionalismos populares? Por su parte, un sentido común algo reaccionario, de izquierda a derecha, se encargó de rechazarlo como foráneo y afirmando la supuesta especificidad local. ¿Nos consideramos incapaces de apropiarnos de ideas, diagnósticos y experiencias que se pensaron, ejecutaron o vivieron en otra parte? ¿Nos sentimos especiales, subdesarrollados o simplemente ajenos? Como si, por ejemplo, en el caso de Argentina, el peronismo no hubiese resultado de una resonancia con el *welfare* europeo y estadounidense, derivando en una apropiación singular; como si nuestras izquierdas leninistas y trotskistas no hubieran recibido, sobre todo en un tramo del siglo XX, ya no influencia, sino directamente órdenes de “afuera”. De modo que la recepción

local de *Imperio* supuso esnobismo, en ojos, ninguneos y desconocimiento, producto del deseo de sintonizar con lo nuevo, de la nostalgia, la cerrazón doctrinaria o los aires de superioridad en espejo al sentir cipayo. Pero también alimentó debates, apropiaciones interesantes y algunos entusiasmos genuinos como la paraxis.

Desde ciertos espacios psicoanalíticos hasta el grupo *Acontecimiento* (con Raúl Cerdeiras<sup>(1)</sup>) como referente más agudo), desde tramas movimientistas y colectivos autonomistas hasta intelectuales como Horacio González<sup>(2)</sup> o Luis Mattini<sup>(3)</sup>, la acogida de *Imperio* resultó productiva, entre la polémica y la incorporación directa de conceptos y elementos sensibles. En Argentina *Imperio*, como no podía ser de otro modo, fue leído al calor de la irrupción social de 2001. Recuerdo haber leído una traducción de Eduardo Sadier casi inmediata a la aparición del libro en Estados Unidos (Harvard University Press, 2000), versión urgente anillada y distribuida entre grupos de estudio, de militancia e instituciones como la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, ya que recién fue publicado por la editorial Paidós en 2002.

Se trata, entre nosotros, tal vez, del libro más conocido de Toni Negri (ya que Michael Hardt hasta entonces no estaba en nuestro radar). Algunos no lo consideramos el más importante como elaboración conceptual. Basta leer sus trabajos sobre Spinoza o *El poder constituyente*, sin mencionar el seminario compilado bajo el título de *Marx más allá de Marx*. Pero se trata de un libro cuya importancia puede cifrarse si se lo piensa como un gran índice, como un panfleto sumamente argumentado y elaborado que, en lugar de acercarnos una buena nueva o una directiva (¡del Partido!), nos acerca un diagnóstico y nos propone claves para pensar en función de lo que ese diagnóstico identifica como corte histórico y condiciones que se abren, tanto desde el punto de vista de las relaciones conocidas de dominación capitalista, como de las luchas venideras y la creatividad social. En ese sentido, cabe preguntarse, a veinte años de su publicación –para nosotros, una pregunta en paralelo a los casi veinte años del estallido de 2001– cuáles de esas intuiciones, indicaciones y propuestas siguen interpelándonos. Pero, sobre todo, hasta qué punto lo que se agita en nuestro presente –a veces de manera solapada, otras maniatada, incluso reprimida– conecta con esas fuerzas entrevistadas por los autores de *Imperio* y experimentadas por las multitudes en proceso de transformación.

## 1.

“Imperio” es el nombre, según apuestan Negri y Hardt, de una nueva forma de soberanía, más específicamente, del modo en que los procesos de globalización reconfiguran las relaciones entre autoridad, legitimidad y dominación. El ocaso de la soberanía moderna vería emerger un nuevo dispositivo de *governance*, a diferencia de las formas de gobierno propiamente modernas, descentrado, cuya capacidad de disolver fronteras típicamente nacionales le permitiría no solo “desterritorializar” las formas de vida existentes, sino también reterritorializar el mundo, dejando abierta una zona de reterritorialización entre lo conocido, la imposibilidad del duelo, y lo desconocido, la perplejidad. Claro que el ocaso de un fenómeno de tan larga data no podría no dar cuenta de una inercia generadora de confusiones, discusiones y dubitaciones propias del reacomodamiento de las fuerzas y las superposiciones de capas históricas.

En el arte de perder amigos e incluso anexarse enemigos nuevos, don del parresiasés, la reacción de las izquierdas en Argentina fue tan generalizada como el peso del discurso anti-imperialista. El ejemplo más cabal de ese anticuario fue el libro inmediato de Atilio Borón, *Imperio & Imperialismo*, publicado por Clacso en 2002 y refrendado por el premio Casa de las Américas, desde La Habana, en 2004. Las viejas categorías tienen sus propias instituciones y un circuito cerrado que se volvió un verdadero refugio, entre el gesto defensivo y el

resentimiento reactivo, una subjetividad que, a fuerza de negarle toda novedad a los procesos en curso, tampoco fue capaz de imaginar nuevas formas de resistencia y, sobre todo, nuevas vitalidades. Las izquierdas dogmáticas y parte del pensamiento conocido como “nacional popular” se encontraron a pesar suyo en el mismo bloque discursivo del anti-imperialismo ofendido. Unos por suponer que *Imperio* desconocía deliberadamente la existencia de clases sociales, otros por no acordar con el diagnóstico sobre el desdibujamiento de las fronteras estatal nacionales, ambos preocupados por la “vaga” noción de multitud... Ambos edificios necesitaban seguir sosteniendo la férrea salud de su sujeto correspondiente: el proletariado y el pueblo, correspondientemente.

Pero Negri y Hardt no desconocían en el libro la existencia e influencia concreta de los Estados más poderosos, ni mucho menos la capacidad del capitalismo de dividir en clases a la humanidad. De hecho, la saga abierta por *Imperio* consistió, en parte, en una apuesta por ampliar el concepto de lucha de clases, tanto como la radicalización de la democracia. Por eso mismo, se volvía necesario tanto explorar la reconfiguración de la forma trabajo – respuesta del capital a la resistencia obrera al disciplinamiento fabril y al éxodo de las juventudes posfordistas–, como describir y analizar la composición actual del *demos*. En el segundo libro de la saga, *Multitude*(4), vuelven explícita la respuesta: “La

*multitud* es un concepto de clase”. Solo que no se trata de una única clase, el proletariado, sino de una multiplicidad de formas de agruparse que *hacen* clase de acuerdo a líneas colectivas de lucha, a su vez, singulares. En este punto Negri es más marxista que sus críticos de izquierda, ya que intenta pensar la configuración material de una diversidad de capitalistas y de proletarios, de acuerdo a condiciones históricamente determinadas que hacen a su formación y desplazamientos. Además, que la posibilidad de unificación de las luchas, reenvíe al carácter político del concepto de multitud (y, por ende, de clase), no se trata solo de una mera constatación de un estado de cosas, sino de una investigación acerca de los posibles que se ciernen en el interior de la propia *lucha de clases*, determinante subjetiva de la clase.

En el tercer libro de la saga, *Commonwealth*(5), aseguran que la democracia, “no la aristocracia que se constituye a través de la representación, tiene la tarea de promover la producción del común y la expansión de las fuerzas productivas...”. Una democracia radical que se hace haciéndola, como alguna vez el Che Guevara imaginó para la revolución. Al parecer, los revolucionarios no pensaban lo mismo, ellos, como nuestros antiimperialistas de hoy, creían en la representación, como si una revolución se hiciera estableciéndose, es decir, dejando de hacerse... Pero el Che, que formaba parte constitutiva de ese imaginario,

albergaba la intuición de que no había transformación posible de las condiciones de opresión sin una revolución capaz de líneas de fuga, una revolución paradójica que se revolucionara a sí misma, justo antes de establecerse de manera definitiva. *Commonwealth* imagina la posibilidad de inventarse la instancia de decisión sobre la producción de relaciones y cosas, experimentar la cooperación, ya no como “revolución permanente”, sino como producción permanente del común.

Ignacio Lewkowicz(6), en Argentina, fue objeto de críticas similares cuando osó describir el agotamiento del Estado moderno a más allá del desguace neoliberal. Es decir, no solo los efectos de la intervención neoliberal, sino también la pérdida de eficacia del Estado como pan institución capaz de producir subjetividad. Lewkowicz llevó hasta sus últimas consecuencias el diagnóstico de un pasaje irreversible: de la potencia simbólica del Estado y los dispositivos que lo aseguran, a la lógica impasible del mercado, cuya única articulación es la “real” o literal, antes que la simbólica: “Si el Estado nación era ese terreno que proveía un sentido para lo que allí sucediera, el mercado es esa dinámica que conecta y desconecta, inevitablemente, lugares, mercancías, informaciones, personas, capitales o tecnología, sin que esa conexión/desconexión asegure *a priori* un sentido.”(7) Comparando la muerte del Estado nación a la muerte de Dios en el Zarathustra de Nietzsche, la

apuesta consiste en pensar de nuevo, inventar las herramientas, re-disponer los recursos para habitar una situación en la cual si no se actúa no está garantizada la subjetivación, es decir, la experiencia. Tal vez, la retórica inflamada de los gobiernos progresistas y las izquierdas posneoliberales de nuestra región haya tenido algo de sintomática... Ante la muerte de la capacidad de institución simbólica de situaciones y sujetos por parte del Estado, se habrían vuelto más simbólicos que nunca. En ese sentido, la apuesta de Lewkowicz y compañía, calibrada con el espíritu dosmilunero, mantiene algo de su vigencia veinte años después: del individuo a la subjetivación, del fragmento a la situación, del desierto a la invención de nuevos territorios habitables. El resto es inercia, fantasmagoría, historia mal digerida, nostalgia reactiva y cinismo realista(8).

Entre esas primeras reflexiones de finales de los años 90 y la salida de *Pensar sin Estado* (2004) se publicó *Imperio*. La mención pasajera que le dedica al libro de Negri y Hardt, volviéndose más pasajera aun con la inclusión en un mismo bloque del libro *Modernidad líquida* de Bauman (publicado en 2001), deja ver una diferencia de acentuación que, en ese contexto, no es poca cosa. Lewkowicz consideraba que la radicalidad del corte histórico dejaba a los diversos actores huérfanos de recursos

subjetivos para encarnar las operaciones necesarias que vuelvan habitable las nuevas condiciones; que no se trataba de un problema de escala –es decir, ni de tribalización ni de globalización–, sino de un verdadero drama existencial, de la emergencia de una perplejidad cercana a la náusea sartreana. Pero la fragmentación de lo social no resulta en fragmentos de lo social, sino en una lógica fragmentaria cuya positividad está dada, en un nivel, por la primacía financiera, y en otro por la subjetivación consumidora. Sostenía que el desafío principal no pasaría por la restitución de la lógica estatal o la recuperación épica del pueblo, sino por la construcción de situaciones, de habitabilidad fundada en la investigación de los márgenes subjetivos desde el desgarro mismo, es decir, desde una particular circunstancia: la destitución de la estatalidad, de lo social simbólicamente instituido, de la subjetividad sólida, no se correspondía con la emergencia de nuevas formas sociales, ni de otra solidez, sino que nos abandonaba al riesgo permanente de que ninguna experiencia se configurara –casi como en un movimiento inverso al del vaciamiento de la experiencia sobre el cual escribió alguna vez Benjamin. Al punto de volverse frecuente la dificultad y hasta la imposibilidad de hacer una experiencia (a nivel social, psíquico, político). Se trataba, en definitiva, de una investigación sobre los posibles procesos de subjetivación en condiciones de fluidez (económica, institucional, subjetiva).

*Pensar sin Estado*, de algún modo y solo en alguna zona, puede ser leído en paralelo a *Imperio*, pero la distancia más evidente pasa por la desconfianza de Lewkowicz ante categorías que consideraba de “clausura” (entre ellas “imperio”), como si sospechara que en el, en parte coincidente diagnóstico de Nagri y Hardt, se insistiera sobre la reconfiguración de una suerte de soberanía, esta vez, global, es decir, ya no una soberanía estructurada según dominios que definen un adentro y su afuera, incluso fronteras estratégicas como reservorio de posibles, sino una interioridad sin afuera. Lewkowicz, contraponía la operatoria de mercado, en tanto emergencia de una dinámica social distinta a la vigente en tiempos de solidez (primacía de la soberanía estatal nacional) a cualquier forma de reemplazo soberano, incluso el delineado por Negri y Hardt, que asimilaron mercado mundial a soberanía de un nuevo Imperio y tomaron “la forma del mercado mundial como modelo para comprender la soberanía imperial.”<sup>(9)</sup> Lewkowicz acentuaba el carácter destituyente, incluso des-subjetivante de la conectividad mercantil, en tanto no dispone de metarepresentación ni metaregulación capaces de garantizar un orden simbólico o de instituir *per se* lo social. Entonces, entre *Del fragmento a la situación* y *Pensar sin Estado*, se diagnostica, ya no la crisis, sino el agotamiento de la lógica estatal nacional, y se visualiza a partir de la irrupción social de 2001 una posibilidad

de subjetivación(10) en un contexto en el que se impone el desarme subjetivo y la insociabilidad, en principio, por omisión. Es decir, que el desplazamiento provocador de entonces nos arrastraba hacia una posición incómoda desde la cual no tenía tanto sentido preguntarnos cómo rechazar a la autoridad soberana en nosotros, sino qué hacer cuando somos rechazados por unas nuevas condiciones vacías de soberanía. Las pistas que emergían recomendaban orientar la libido política no tanto hacia el gesto rupturista (¡para qué insistir con el martillo sobre lo que ya es ruinas!), como hacia la necesidad de crear situaciones subjetivantes, armar consistencia existencial, es decir, experiencia.

En *Imperio* también se identifica un corte que excede a la crisis, aunque los autores conservan el término y lo definen como una omnicrisis, “red flexible de micro-conflicots”. La formación de una nueva soberanía imperial anularía el potencial diferencial de las subjetividades constituyentes bajo un manto indiferenciado de consenso. Al mismo tiempo, reconocen como un rasgo decisivo de la soberanía imperial su carácter descomponedor, su capacidad de comandar apoyándose en las divisiones y conflictividades existentes, sin habilitar nuevas instancias de encuentro ni nuevas fronteras semejantes a las estatales nacionales. El tercer momento simultáneo del Imperio estaría dado por una economía general del comando, más pragmática

que ideológica. Negri y Hardt sostienen la necesidad partisana de la deserción, vaciarse internamente de los mandatos residuales y de nuevas formas de control por modulación. Sin embargo, aun con un lenguaje distinto al del historiador argentino, admiten no poder dar aun indicaciones “del tipo de subjetividades políticas que podrán responder y vencer a las fuerzas del Imperio”, ya que el capitalismo post imperialista que describen no se encontró aun frente a su Comuna de París... y el plan de crear dos, tres, muchas comunas, no resultó en los términos en los que fue concebido.

Para el argentino lo global solo puede ser pensado localmente y en situación, es decir, que aun las lógicas más globales y generalizadas (como la financiera) deben ser procesadas y contrarrestadas en la materialidad concreta de ese recorte, la situación, que, a diferencia del fragmento (destino impuesto globalmente a lo localizado), se da como parte de un proceso que genera condiciones de un *plus* subjetivo. Por el contrario, para Negri y Hardt, “el poder del Imperio y los mecanismos de la soberanía imperial sólo pueden ser comprendidos cuando son confrontados en la escala más general, en su globalidad.”(11) Ambos reconocieron que la fuerza de trabajo ampliada a la cooperación social es explotada por un capital imperial deslocalizado que, en su viaje infinito, solo se detiene cada vez que encuentra condiciones de reproducción (es decir, de aumentación). La autonomización de

esa capacidad universal de producir, según los autores de *Imperio* resulta poderosa, entre otras cosas, por tratarse de una “actividad sin lugar”. Lewkowicz no hacía tanto hincapié en el carácter alienado de las fuerzas productivas como en el drama del desenganche y la expulsión de cualquier condición productiva y, por lo tanto, en la necesidad de reinventar el espacio y el tiempo habitables para la producción común de subjetividad. Es decir, que, coincidiendo con Negri y Hardt en la impotencia de cualquier intento de ocupación de lugares en un mundo de deslocalización de las relaciones de producción, no apostaba a la “evacuación de los lugares del poder”, ni a la confrontación (el “ser-contra”), sino a la desaceleración y la marcación en la veloz y resbalosa superfluidad neoliberal. Extremando contraste lo que en el fondo son matices, se podría decir que ahí donde Negri y Hardt advirtieron la necesidad de la deserción, Lewkowicz y compañía entrevieron las virtudes de poblar... con subjetividades entrenadas en la desaceleración. De ahí la diferencia de figuras en juego: la multitud de los pobres en el Imperio, los consumidores y los expulsados en la era de la fluidez.

Por su parte, Raúl Cerdeiras valoró la salida de *Imperio* como un verdadero hecho político y no solo saludó la discusión abierta, sino que pretendió esbozar una crítica en interioridad. Tal vez, por eso señaló para distanciarse tanto la crítica exterior de Atilio Borón, quien acusaba a Negri y Hardt de alejarse

irremediamente del marxismo – nombre del materialismo histórico–, como la crítica, igualmente exterior, de Beatriz Sarlo que, contrariamente, lo ubicaba como una resonancia tardía con la tradición marxista, incluso populista (por ende, desde su punto de vista liberal, poco democrático). En un curso que ofreció en octubre de 2002, explicó que su principal interés consistía en discutir la ontología que, según los propios autores de *Imperio*, fundaba las principales hipótesis del libro.

Desde el punto de vista de Cerdeiras, “el dispositivo ontológico de los autores de *Imperio* quedará capturado bajo la categoría de *totalidad*” (que ninguna irrupción azarosa destotalizaría) y “la idea de una dirección de sentido necesario...”<sup>(12)</sup> Es decir, que, en su intento por hacer lugar a la irrupción de la multiplicidad a la hora de pensar la subjetivación política, no habrían podido evitar la reinstauración del Uno que, desde la lectura de Cerdeiras, se confunde con la inmanencia misma. Por otra parte, su crítica se dirige tanto a la noción de límite flexible y en desplazamiento que el libro pretende describir como transformación y relevo de los límites típicamente espacializados del capitalismo fordista, como a la supuesta ausencia de contrincantes reales para la multitud, si es que ésta se define por su potencia ontológica traducida políticamente como capacidad positiva, y el Imperio sólo cuenta con su vacía maniobra

dominadora. Es cierto que en las variaciones mediante las cuales Negri y Hardt introducen el concepto de “multitud”, da la impresión de que intentan nombrar un fenómeno ambivalente, entre la servidumbre voluntaria y la conquista de sí, apostando a una imagen distinta y, a la vez, familiar a la consciencia de clase: la “autoorganización biopolítica”. Al mismo tiempo, que la fuerza de su principal adversario surgiría de una serie de confusiones: del proceso de desregulación de la vida con la liberación, del efecto disolvente de lo subjetivo por parte de las nuevas tecnologías con el relajamiento del esquema de explotación, de la conectividad creciente con una nueva y prometedora sociabilidad.

Pero no es lo que, al parecer, un pensamiento referenciado en la apuesta filosófico política de Alain Badiou estaría dispuesto a aceptar, y su dedo índice señala la falta terrible: una teoría de la emancipación que no encuentra lugar para la ruptura y la novedad sin sacrificar su principal fundamento: en este caso, el plano de inmanencia. Es decir, lo que reclama a *Imperio* un lector como Cerdeiras, no desde el punto de vista de un crítico, sino como un activista y teórico político, es la necesidad de despegar, ruptura mediante, la autonomía política de la multitud –es decir, su posibilidad de volverse sujeto de su propia génesis, que la hundiría, desde su punto de vista, en el ser social, renunciando así a la autonomía de la política. Al mismo tiempo, una

hermandad posible con este libro, al que definió como “duro, motivador, no fácil de criticar y sobre todo inventivo y valiente”, pasaría por el modo en que entiende a la militancia asociada a la invención, no representativa, sino atenta, interpelada y orientada a la “condición común de la multitud”.

En disonancia con lo planteado por Cerdeiras, la bienvenida a la multitud presente en *Imperio* no es una rémora del posmodernismo, ya que ésta se concibe como una posibilidad de subjetivación política inmanente, es decir, en el interior del ser como movimiento de diferenciación en sí y, por lo tanto, disponible al acontecimiento. No se trata de un ser preformado, sino de un desafío de ser, por eso Negri y Hardt hablan de una ontología política; en tanto, el ser de la multitud depende de lo que la multitud pueda ser, su política antecede a su ser. “La dignidad del ser –dice Hardt en otra parte– es precisamente su poder, su producción interna, es decir, la genealogía causal eficiente que surge desde adentro, la diferencia positiva que marca su singularidad. (...) De esta diferencia eficiente que reside en el corazón mismo del ser fluye la multiplicidad real del mundo.”(13)

En *Commonwealth*, Negri y Hardt, ajustan cuentas con el propio Badiou, valorándolo por haber colocado al *acontecimiento*, “con su irreductible e intrínseca multiplicidad”, en el centro del pensamiento contemporáneo. Pero inmediatamente marcan una diferencia. Mientras Badiou privilegiaría el momento del



efecto acontecimental y sus figuras: la fidelidad, siempre paradójica, la decisión, siempre inventiva, el corte, siempre disruptivo; ellos subrayan, con Foucault, “la productividad del acontecimiento”, es decir, su forma de anidar ya siempre como posibilidad en el interior de las estrategias de la producción biopolítica –para Negri y Hardt, producción de la multitud. A veces, las apuestas políticas dependen de la elección del misterio: creencia subversiva en este mundo o creencia en la irrupción subversiva de un estado de cosas dado. Hay un dilema ontológico que se traduce políticamente: ¿cómo de lo que es surgiría o se produciría lo que no es (o lo que aún no es)?, o bien, ¿cómo lo que ni siquiera podemos imaginar que sea llegaría a ser o produciría lo que es? Acontecimiento, transición, devenir... Entrecruzamientos y tensiones entre apuestas emancipativas.

## 2.

*Imperio* señaló como urgencia lo que el *operaismo* italiano había planteado como novedad. Por un lado, la pérdida de hegemonía del proletariado industrial, no desde un punto de vista estadístico, ni desde un pronóstico que lo ubicara al borde de la extinción, sino desde el punto de vista del capital como relación. Por otro, la aceleración del trabajo social, la “acumulación” informacional como nuevo modo de acumulación originaria y la “socialización incrementada” (la proletarianización de todas las

dimensiones de la vida), de la mano de la tendencia a la simultaneidad de la producción social. En lugar de seguir considerando a los servicios como un sector más de la economía, identificaron en el rol desempeñado por la información, la comunicación, el conocimiento, la coordinación, pilares de una nueva economía productiva y subjetiva. Al mismo tiempo, la referencia a la informatización que hacen para pensar las transformaciones laborales –“Las máquinas interactivas y cibernéticas se convierten en nuevas prótesis integradas a nuestros cuerpos y mentes...”– será una de las claves para pensar más adelante, no tanto la informatización propiamente laboral, sino el avance de la forma trabajo sobre todas las dimensiones de la actividad humana, de la mano de la informatización y la virtualización.

*Imperio* cuestionó la centralidad de la exterioridad, por un lado, entre países dominantes y países subalternos (imperialismo) y, por otro, entre capitalistas dueños de capital fijo y trabajadores (capitalismo industrial). Lo hizo en nombre de la necesidad de asumir la inteligencia colectiva y la afectividad como campos de batalla preponderantes en términos de la invención y la producción del común. Al mismo tiempo, cuestionando la externalidad de las relaciones de poder, proponía asumir que las formas de gobierno y control emergentes resultaban tan difíciles de distinguir –al menos, al modo de un enemigo que se tiene en frente– como dependientes de las propias potencias, dado que “la

cooperación es completamente inmanente a la propia actividad laboral”. Dos desplazamientos, entonces: por un lado, la coordinación de la actividad, asociada generalmente a la capacidad de comando, queda del lado de los propios trabajadores; por otro, lo que antes era considerado “capital variable”, es decir la fuerza de trabajo, ahora asume todas las características del “capital fijo” y no está por principio en poder de la posición capitalista. En el fondo, este diagnóstico y la consecuente apuesta política de Negri y Hardt conectan con un llamamiento contra la servidumbre voluntaria y un corrimiento decidido del lugar de la víctima. ¿Habría sido esa interpelación, antes que cuestiones conceptuales o nostalgias inexplicables, la que fastidió a buena parte de las izquierdas doctrinarias y a los nacionalismos antiimperialistas?

Es curiosa la reticencia de las sectas políticas(14) a incorporar un diagnóstico y un pensamiento como el de *Imperio* en lo que pudiera resultar de utilidad desde el punto de vista de las luchas y genealogías necesarias en aquel momento. Tal vez esa reticencia haya sido directamente proporcional a sus dificultades para procesar la irrupción de 2001, incluso para sumarse a las asambleas populares y barriales como *cualquiera*. Más allá de las evidentes especificidades locales y las singularidades propias de nuestra historia, no alcanzaba con la acusación de “eurocentrismo” para hacer oídos sordos a un libro como *Imperio* o incluso a un militante histórico como

Toni Negri. La precarización que padecieron los trabajadores y trabajadoras argentinas durante la década del '90, la creciente desterritorialización de la producción, la movilidad del capital como arma de negociación (y hasta imposición de condiciones a países enteros) y el debilitamiento de las organizaciones sindicales eran una realidad palmaria en Argentina, tanto como la necesidad de relanzar la organización y la lucha desde procesos subjetivos distintos a los heredados. Entonces, ¿cómo no leer *Imperio* (incorporándolo, problematizándolo e incluso discutiéndolo) a favor de las luchas y procesos de subjetivación en ciernes!

La ambivalencia de la figura de la *red* se nos propuso a partir de *Imperio* (y no solo) como terreno de investigación vital, es decir, no como objeto de pesquisa académica o de indagación intelectual, sino como realidad inevitable y, al mismo tiempo, germen de nuevos posibles en el plano organizacional, afectivo, comunicativo. Contrariamente al modo rizomático de las *redes*, el modelo oligopólico por izquierda y derecha asumía el rol de la conjura y neutralización de potencias inexploradas hasta ese momento. Al mismo tiempo, Negri y Hardt colocaron la pregunta por lo *común* asociada a la necesidad de nuevas imágenes de lo colectivo, entre prácticas abiertas a la experimentación y creación de nociones comunes. No lo plantearon en términos de una disputa por el sentido común, la hegemonía(15) o la comunicación, sino de la productividad

conceptual como imaginación política alojada en la praxis, en unas condiciones en las cuales “participamos de una comunidad mucho más radical y profunda que la que se haya experimentado nunca en la historia del capitalismo”. El problema pasa por los devenires comunes de la multitud.

En *Imperio* se juega una suerte de materialismo trágico que debe operarse con lo existente, desde abajo, antes que desde una consciencia erguida por sobre las mutaciones en curso. En ese sentido, resultó una bocanada de aire fresco para quienes estuvieran dispuestos a respirarlo. Y, de algún modo, 2001, el Caracazo, y mucho después Plaza Tahrir, el 15M, Occupy Wall Street, entre otros movimientos, respiraron e hicieron respirar desde situaciones y emplazamientos geopolíticos diversos la potencia (y ambivalencia) de lo que Negri y Hardt llamaron multitud. La multitud, en tanto subjetivación política, correría con la originalidad de expresar la red de singularidades como base de la producción del común, interrumpiendo así tanto la ideología de la intercambiabilidad total propia del mercado global, como la captura nacionalista homogeneizante. Del mismo modo, apostando a seguir las líneas de hibridación de movimientos y subjetivaciones, en definitiva, de singularidades, despejaban cualquier anhelo de pureza o nostalgia de bloque.

Los autores de *Imperio* identifican, aun hoy, en nuevas formas de división del trabajo, en la

segmentación y todo tipo de limitaciones que se articulan paradójicamente con la desregulación de las vidas, una forma desesperada de combatir la fuerza y las potencialidades de la multitud. Los modos del imperio resultarían inversamente proporcionales a la potencia de la multitud, en tanto y en cuanto, la politización de ésta resultara de la apropiación de una oportunidad histórica: la producción material coincide con la producción de existencia en todos los planos o, mejor dicho, en el plano de inmanencia. Las protestas y los asaltos articulan distintos niveles de demanda y productividad del común. Desde el reconocimiento a la movilidad, las tareas y capacidades ya existentes —y demandadas por los propios capitales para reproducirse—, hasta “el derecho general a controlar su propio movimiento, es la demanda final por la ciudadanía global”. Más allá de esta terminología, tal vez no muy cara a nuestra sensibilidad política latinoamericana, la fuerza de los planteos de *Imperio* tiene que ver con ese llamamiento a la transversalización de las luchas, la profundización de la hibridación de las formas de vida, el desparpajo con el que panfletizan la reapropiación de tiempos y espacios por parte de cada sujeto despojado, cada zona de la vida expropiada, cada instancia de asedio y control sobre el deseo.

Antes que desobediencia civil, se trataría de una reformulación completa de lo civil mismo, de la

invención de un tipo de ciudadanía o, mejor, de habitabilidad, de autonomías productivas, comunicativas e incluso reproductivas. Más allá de la desobediencia ante el aparato del Estado y ante la clase capitalista industrial, aparece una desobediencia continua en el interior mismo de los procesos productivos, una suerte de introspección singular del común, esa capacidad nietzscheana de traicionarse a sí mismo en nombre de una transformación vital, de la emergencia de fuerzas activas en la propia vida. Reapropiación de los medios de producción y de los medios de decisión coinciden. La existencia que precede a la esencia, la política que antecede al ser, expresan, de Sartre a Deleuze y Guattari, la apuesta ontológica de *Imperio*: “Los procesos de constitución ontológica se despliegan durante los movimientos colectivos de cooperación, a través de las nuevas tramas tejidas por la producción de subjetividad. Es en este sitio de constitución ontológica donde el nuevo proletariado aparece como un poder constituyente.”(16)

### 3.

Casi diez años después de la salida de *Imperio*, Negri y Hardt se preguntaron cómo cartografiar la globalización y, sobre todo, la *governance*(17) imperial tras la caída del unilateralismo estadounidense y de los proyectos hegemónicos a la vieja usanza. Es decir, que continuaron sosteniendo la hipótesis de una soberanía imperial posnacional.

De algún modo, más allá de los tipos de *governance* que distinguen, se trata de un verdadero dispositivo —en el sentido foucaultiano— de control de la circulación de flujos, orientación de las conductas y producción de arquitecturas flexibles y diversas como sustitutas de la vieja legitimidad. En ese sentido, también la apuesta por una democracia absoluta fundada en la potencia de la multitud que de los trabajos sobre Spinoza a *Imperio* sostuvo Negri, sigue vigente y, de hecho, la idea de que la reacción imperial suponía la obturación y una violencia para nada disimulada sobre los movimientos y sus conductos transversales, también encuentran alguna verificación en las prácticas de comando contemporáneas y la tendencia a la “refeudalización” que el propio Negri señaló luego de la publicación de *Commonwealth*.(18) El liberalismo pacato que insiste en la defensa de una república vacía, defensor, en realidad, de una oligarquía políticamente nada liberal, es todo un síntoma de un formato de *governance* posdemocrático, una república sin democracia en tiempos de autoritarismo del capital.

En el último libro (hasta el momento) de la saga Negri-Hardt, *Assembly*, aquel trabajo de hace veinte años permanece vivo. No solo llaman a no lamentar la lenta agonía de la soberanía nacional, sino que en un “segundo llamamiento”, reclaman la invención de “instituciones no soberanas”. En algún punto, las instituciones del común que esta

imaginación política asume como parte de un imaginario emergente de una diversidad de luchas, redes cooperativas, singularidades, formas de vida, conectan con la necesidad de radicalizar la democracia, contracara de la *governance* posdemocrática que, en su proceso de formación, supone cierta escisión entre institucionalidad (y juridicidad) y Estado-nación. El proceso que desde abajo cimentó la posibilidad de contar con gobiernos filopopulares en América Latina mostró, tal vez, todo lo que pueden los Estados hoy. El capital y su red de poderes fácticos van más rápido, casi a la velocidad de la multitud o, en todo caso, a la velocidad suficiente como para alimentarse de su potencia.

En su cuarto libracó, Negri y Hardt insisten en la necesidad de un tipo de institucionalidad que no confunda organización y mando, duración y dominación, instancia de decisión y liderazgo. De otro modo, ¿cómo rehuir a la paradoja de la obediencia propia del soberanismo?, ¿cómo asegurar relaciones activas en lugar de resentidas, redes afectivas en lugar de vínculos instrumentales, disponibilidades amorosas en lugar de espíritus competitivos?, ¿cómo viabilizar la politicidad de las vidas contra la instauración permanente de relaciones de poder si insistimos en la toma del poder como camino principal? *Imperio* se atrevió, junto a una constelación de experiencias y apuestas ético políticas, a plantear el desafío de reducir las miserias del poder al mínimo posible en el marco de la

creación de nuevas instituciones, más afines a la *potentia* que al polo de la *potestas* siempre entramado con ésta: “no instituciones para gobernarnos, sino instituciones para fomentar la continuidad y la organización, instituciones para ayudarnos a organizar nuestras prácticas, gestionar nuestras relaciones y tomar decisiones de manera conjunta”(19)

Como dice Miguel Benasayag, la pandemia actual expone de manera descarnada la trama socio-ambiental constitutiva de lo que somos, cada quien experimenta materialmente la fragilidad que nos pone en común; a su vez, distintos movimientos y redes se revelan en la primera línea de sostenimiento del lazo y de las condiciones de reproducción de la vida. El capital y los poderes fácticos beneficiarios de extractivismos naturales, financieros y cognitivos, buscan (con la venia de los Estados) debilitar a las fuerzas plurales y dinámicas de la multitud para hacerles pagar los costos de la pandemia, y, por su parte, las estructuras continuadoras de viejas formas partidarias, burocráticas y jurídicas apuestan a conservar sus posiciones a costa de la pérdida de todo dinamismo. Sin exageraciones ni mayores expectativas, incluso bajo la idea de que algunos de los rasgos más oprobiosos de las condiciones de vida anteriores a la pandemia pueden empeorar, resuena la fórmula de *Asamblea* según la cual “el común viene antes”. Ubicamos dos modos de la “anterioridad”: uno ligado a la acumulación histórica reciente

y otro enraizado en las capacidades comunes como principal elemento productivo de la materialidad social, económica y afectiva. Nos preguntamos en relación a esos dos niveles, 1: ¿Podremos los movimientos y redes de singularidades que componemos la multitud actual retomar la “lógica de nueva institucionalidad” que demostraron las experiencias de politicidad en lo que va del siglo XXI?; 2: ¿lograremos asociar unos deseos colectivos en proceso a la reapropiación de nuestro capital ontogénico?

Si en algún momento, en el transcurso de la saga abierta por *Imperio*, los autores se detuvieron en Lenin y valoraron su pensamiento de la transición, al final, parecen más cercanos al primer Trotsky, aquel que anticipó los problemas del centralismo y vaticinó que la tan mentada dictadura del proletariado nacía desde su misma concepción como una “dictadura sobre el proletariado”. Acusó en sus trabajos de 1904 directamente al “socialdemócrata-jacobino” Lenin de anteponer la necesidad de comando por sobre el ascenso político del proletariado —reemplazando “la dominación política de la clase por la dominación organizativa sobre la clase”(20). Se distanció de la crítica del “jacobinismo doctrinario” de los “camaradas de los Urales” que acusaban a la Comuna de París por su exceso de discusión y su supuesta poca acción; incluso redobló la apuesta considerando que el paso al socialismo se abriría gracias al fomento de esas

discusiones, la creación de tendencias y la constancia de la lucha. Entre la prematura crítica de Trotsky al “fetichismo organizativo” del Partido y la madura confianza de Negri y Hardt en la potencialidad organizativa de la multitud se juega otra genealogía posible del marxismo más allá de Marx.

### **Excursus**

En Argentina —pensando lo global desde lo local—, el enfrentamiento se impone tanto como la necesidad de barajar de nuevo la organización y las formas de encontrarse y afectarse. Rentas tecnológicas, energéticas, alimentarias; tierras y recursos naturales; contaminación socio-ambiental, medicalización del malestar, privatización del ánimo y espectacularización de la política... nos ponen cada vez de cara a la policía, los servicios, la paraestatalidad, la difamación, la judicialización. No hay forma de escaparle a los antagonismos que nos estallan en la cara; pero, al mismo tiempo, sólo nos resultará posible encarar la alegría del enfrentamiento, el enfrentamiento como una forma algo extrema de alegría, desde el encuentro con la materialidad más plena de nuestras corporalidades, el afecto en la diferencia como disposición anímica de nuestras redes y organizaciones, el cuidado mutuo y la recreación de ritmos y resonancias vitales, la confianza en la productividad diferenciada y modal de nuestras capacidades comunes. Un nuevo

sensualismo se apropiará de nuestros gestos sin que nos demos cuenta, la inteligencia humorística gobernará nuestras tramas de complicidad, el vibrato rebelde que siempre estuvo ahí se hará lugar en nuestros cuerpos excitados por una perplejidad aliada.

Pero no hay militancia que valga para esta partida desconocida, ni partido nuevo ni viejo... ni secta ni iglesia. De manera risueña (por no caer en una espiral escéptica definitiva), podríamos preguntarnos si el final de *Imperio*, con sus loas a un nuevo tipo de militancia positiva que “transforma la resistencia en contrapoder y cambia la rebelión en un proyecto de amor” y su ejemplificación en la figura de San Francisco de Asís, anticipó sin saberlo la llegada de Bergoglio al poder del Vaticano. Solo que Francisco, con su abstracto “hagan lío” como correlato de su real política pacificadora, no es precisamente un comunista, sino ¡un Papa peronista!

## Referencias

- HARDT, M. *Deleuze. Un aprendizaje filosófico*, Paidós, Buenos Aires, 2004.
- LEWKOWICZ & ASOCIADOS. *Sucesos argentinos. Notas ad hoc*, edición independiente, Buenos Aires, 2002.
- LEWKOWICZ, I., CANTARELLI, M. (coord.), *Del fregmento a la situación* (Grupo Doce), ed. Independiente, Buenos Aires, 2001.
- NEGRI, A., HARDT, M. *Imperio*, traducción de Eduardo Sadier, publicación de cuaderno por la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, Buenos Aires, 2001.
- NEGRI, A., HARDT, M. *Asamblea*. Akal, Madrid, 2019.
- NEGRI, A. "Corruzione, nuova accumulazione, rifeudalizzazione", Revista *Common. Resistenza, indipendenza, esodo*, año 1, N° 0, septiembre de 2010. Publicado en español en *Dilemas políticos*, Quadrata-Red Editorial-IPyPP, Buenos Aires, 2012.
- TRITSKY, L. *Contra Lenin* (curado y prologado por Horacio Tarcus), Red Editorial, Buenos Aires, 2019.



## Notas

1. Filósofo formado en grupos de estudio y reconocido por los grupos que desde hace más de 30 años coordina (los grupos de estudio son una especie de tradición de gran impronta entre sensibilidades de izquierda y psicoanalistas). Dio a conocer la obra de Alain Badiou en Argentina y cofundó el grupo y la revista *Acontecimiento*. Publicó *Subvertir la política* (Autonomía-Red Editorial, Buenos Aires, 2013), donde repasa historia reciente y actualidad de las luchas en América Latina, la experiencia del zapatismo, el legado de las Madres de Plaza de Mayo, etc., y ofrece herramientas conceptuales para un activismo del acontecimiento.
2. Sociólogo, historiador y ensayista capaz de llevar el peronismo que lo alimenta al límite de los problemas que es capaz de plantearse, con ribetes libertarios y afinidad con una cultura amplia de izquierdas. A pesar de haberse doctorado (de hecho, lo hizo en São Paulo), permaneció siempre en los márgenes de una gramática académica, y, a pesar de haber sido director de la Biblioteca Nacional, inventó siempre “afueras” en las instituciones. Su prolifera obra enhebra la gran teoría política con la historia argentina, la literatura y el ensayo locales con la gran filosofía occidental.
3. Pseudónimo guerrillero de Juan Arnol Kremer Balugano, un trabajador fabril influenciado por el pensamiento marxista espartaquista. Escritor, entre el ensayo político y la novela. Fue fugazmente Secretario General del PRT-ERP tras el asesinato, a manos de la dictadura de la desaparición de personas, de Mario Roberto Santucho, hasta su exilio en Suecia. A su regreso hizo una revisión profunda del tipo de militancia de la que formó parte, estudio el pensamiento de Spinoza, y 2001 lo encontró disponible a la novedad política. En una conversación extendida con Miguel Benasayag dan cuenta socarronamente del corte histórico respecto de la propia actividad militante y de la necesidad de alimentar una nueva radicalidad (publicado como *La vida es una herida absurda*, Autonomía-Red Editorial, Buenos Aires, 2013).
4. Publicado el mismo año en Italia: *Moltitudine*; Rizzoli, Milán, 2004.
5. Publicado al año siguiente en Italia: *Comune*; Rizzoli, Milán, 2010.
6. Fue un historiador y filósofo que, influenciado por Halperín Donghi y Foucault, Althusser y Badiou, diagnosticó el agotamiento del Estado en su forma moderna clásica y anticipó, en buena medida, los efectos del neoliberalismo en términos de nuevas subjetividades y el reacomodamiento del Estado en un escenario gobernado por las finanzas. Falleció muy joven en un accidente junto a su compañera, Cristina Corea, pero su intervención fue vital y duradera. Para muchos de nosotros, 2001 lleva su marca, tanto

por lo premonitorio de sus ideas en la última parte de la década del 90, como por las herramientas que desplegó para pensar en el corazón de la irrupción. *Pensar sin Estado*, su obra póstuma, es su libro más conocido, pero es sólo la coronación de una serie de libros e intervenciones públicas y, al mismo tiempo, la primera piedra de pensamientos que lo continuaron. (por ejemplo, Huprt, P. *El Estado posnacional*, Autonomía-Pie de los Hechos en Red Editorial, Buenos Aires, 2015).

7. Lewkowicz, I., Cantarelli, M. (coord.), *Del fregmento a la situación* (Grupo Doce), ed. Independiente, Buenos Aires, 2001.

8. En *Pensar sin Estado* se lee: “La subjetividad estatal en nosotros parece pensar automáticamente a *ley muerta*, *ley puesta*. La emergencia de los poderes destituyentes hizo aparecer soluciones restitutivas que no asumen la alteración esencial.” (Lewkowicz, I. *Pensar sin Estado*, Paidós, Buenos Aires, 2004)

9. Negri, A., Hardt, M. *Imperio*, traducción de Eduardo Sadier, publicación de cuaderno por la Fundación Centro Psicoanalítico Argentino, Buenos Aires, 2001.

10. Lewkowicz & Asociados. *Sucesos argentinos. Notas ad hoc*, edición independiente, Buenos Aires, 2002.

11. Negri A., Hardt, M. *Imperio*, op. cit.

12. Cerdeiras, R. *Subvertir la política*, Autonomía-Red Editorial, Buenos Aires, 2013. Originalmente publicado en el N° 24/25 de la revista *Acontecimiento*, mayo de 2003. rgia solar – a última ainda conta com subvenções estatais para se tornar viável.

13. Hardt, M. *Deleuze. Un aprendizaje filosófico*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

14. Como las definió Horacio Tarcus en *La secta política* (Red Editorial, Buenos Aires, 2019)

15. En relación al resurgimiento de la noción gramsciana de “hegemonía” Negri discutió fuertemente su uso y explicitó su crítica a Ernesto Laclau por el modo en que asimiló hegemonía a equivalencia de demandas en una suerte de consenso gubernamental. Mientras que prefiere sostener la irreductibilidad entre potencia de la multitud (expresión) y formas de institucionalización de las luchas (derecho), reinterpretando a la luz del dinamismo de las conflictividades contemporáneas un concepto surgido en el contexto de la derrota proletaria a manos del fascismo.

16. Negri, T., Hardt, M. *Imperio... Op. Cit.*

17. En *Commonwelath*, los autores proponen una doble genealogía del término *governance* (económica y filosófica) para dar cuenta de un

modelo de gestión basado en la “coordinación consensual” de una diversidad de actores con poderes desiguales y lógicas diferentes; distinto al gobierno y la construcción de legitimidad típicamente estatales o centralizados y verticales.

18. Negri, A. “Corruzione, nuova accumulazione, rifeudalizzazione”, Revista *Common. Resistenza, indipendenza, esodo*, año 1, N° 0, septiembre de 2010. Publicado en español en *Dilemas políticos*, Quadrata-Red Editorial-IPyPP, Buenos Aires, 2012.

19. Negri, A., Hardt, M. *Asamblea*. Akal, Madrid, 2019.

20. Tritsky, L. *Contra Lenin* (curado y prologado por Horacio Tarcus), Red Editorial, Buenos Aires, 2019.

## **Abstract**

Empire, by Toni Negri and Michael Hardt, was ambiguously received in Latin America; on the one hand, it provoked stridency, as if it were an announcement slightly stripped of surprise (some speak of a “postmodern” sensibility), on the other, it put its finger on the sore of the mourning left. Do dogmatic leftists and popular nationalisms have such a need to sustain the continuity of “anti-imperialism”? For its part, a somewhat reactionary common sense, from left to right, was in charge of rejecting him as a foreigner and affirming the supposed local specificity. Do we consider ourselves incapable of appropriating ideas, diagnoses, and experiences that were thought, executed, or lived elsewhere? Do we feel special, underdeveloped, or just alien? As if, for example, in the case of Argentina, Peronism had not resulted from a resonance with European and American welfare, resulting in a singular appropriation; as if our Leninist and Trotskyist left had not received, especially in a stretch of the 20th century, no longer influence, but directly orders from “outside”. So the local reception of Empire supposed snobbery, anger, ignorance and ignorance, product of the desire to tune in to the new, of nostalgia, doctrinal closure or airs of superiority in mirror when feeling sepy. But it also fueled debates, interesting appropriations, and some genuine enthusiasm like praxis.

**Keywords:** Empire; Michael Hardt; Antonio Negri; Argentina.

## **Resumen**

Imperio, de Toni Negri y Michael Hardt, fue ambiguamente recibido en América Latina; por un lado, provocó estridencia, como si se tratara de una anunciación ligeramente despojada de sorpresa (algunos hablan de una sensibilidad “posmoderna”), por otro, metió el dedo en la llaga de las izquierdas en duelo. ¿Tienen tanta necesidad de sostener la continuidad del “antiimperialismo” las izquierdas dogmáticas y los nacionalismos populares? Por su parte, un sentido común algo reaccionario, de izquierda a derecha, se encargó de rechazarlo como foráneo y afirmando la supuesta especificidad local. ¿Nos consideramos incapaces de apropiarnos de ideas, diagnósticos y experiencias que se pensaron, ejecutaron o vivieron en otra parte? ¿Nos sentimos especiales, subdesarrollados o simplemente ajenos? Como si, por ejemplo, en el caso de Argentina, el peronismo no hubiese resultado de una resonancia con el welfare europeo y estadounidense, derivando en una apropiación singular; como si nuestras izquierdas leninistas y trotskistas no hubieran recibido, sobre todo en un tramo del siglo XX, ya no influencia, sino directamente órdenes de “afuera”. De modo que la recepción local de Imperio supuso esnobismo, enojos, ninguneos y desconocimiento, producto del deseo de sintonizar con lo nuevo, de la nostalgia, la cerrazón doctrinaria o los aires de superioridad en espejo al sentir cipayo. Palabras clave: Imperio; Michael Hardt; Antonio Negri; Argentina.